

México

[Discurso leído en el Ateneo Hispano Americano, de Buenos Aires, el 17 de setiembre de 1923].

EMPEZARÉ por agradecer al Ateneo Hispano Americano el homenaje que dedica a mi patria en el aniversario de su Independencia; pero no quería que mi agradecimiento fuera individual, ni siquiera en nombre de mi patria, sola o asociada con un noble país hermano, sino en nombre de la causa común que presidió la fundación de este Ateneo, en nombre del sentimiento colectivo que nos congrega, aquí y en cualquier parte, a los que creemos firmemente en un futuro de unión y de fraternidad entre los pueblos latinos de América.

Labor lenta y penosa ha sido la de formar un núcleo espiritual que mantenga en alto esa bandera, labor combatida con toda clase de armas; pero, principalmente, con la de la incredulidad burlona de quienes sustentan que los únicos lazos que estrechan a los pueblos, como a los hombres, son los materiales y económicos, y que es insensato hablar de amor internacional mientras no haya barcos que trafiquen entre las naciones, y absurdo pensar en orientaciones comunes mientras nos separen las distancias y mientras los pueblos del mismo origen y de idéntica cultura no se constituyan en deudores y acreedores recíprocos. Semejante opinión encierra un sofisma peligroso. Los que sabemos que los pueblos no viven sólo de pan, confesamos implícitamente que también de pan viven, y nunca hemos llegado a mantener que hemos de amarnos por sobre las urgencias prácticas de la vida. Lo que pasa es que fiamos en la fecundidad del nexo espiritual, y creemos que el amor es camino para llegar al amor mismo y a todo lo demás que vendrá por añadidura. De amarnos y de conocernos ha de resultar la obra colectiva que ligue y acreciente nuestras fuerzas, que sume nuestras actividades en una dirección fecunda. Este acercamiento espiritual que, a primera vista, no modifica nuestras finanzas, ni aumenta en un solo peso nuestro tráfico exterior, ni es causa de mayor producción de ningún artículo, nos lleva forzosamente a recapacitar sobre nuestra potencialidad económica, a recordar que, como conjunto étnico, tenemos un lugar de primer orden entre los factores del porvenir del mundo. También nos obliga a no olvidar que este grupo de repúblicas llamadas, bien o mal, latino-americanas—, el nombre es lo de menos—, tiene en conjunto doble extensión que Europa y cien millones de

habitantes, y almacena en su suelo riquezas insospechables que sólo aguardan una explotación coherente, firme y sistemática para abastecer al mundo viejo, ya en parte exhausto por tantas crisis materiales y por tantas catástrofes de orden moral. Pero si reconocemos todo esto, sabemos también que para la obra civilizadora que un día no lejano hemos de realizar, no basta sacar oro de las entrañas de la tierra ni llenar de trigo las trojes del planeta, sino que es preciso crear el soplo fecundo de un ideal magnánimo de concordia humana que haga fundar entre los hombres el reinado de la paz y de la justicia.

Fechas como la que hoy celebra el Ateneo en su hidalga misión americanista, no han de ser únicamente ocasión de regocijos y coyuntura para vítores ruidosos. La libertad obliga, como se dijo que *obligaba la nobleza*. Ser libre es más fácil que saber serlo. Conquistar la autonomía y separarse por medio de luehas sangrientas de la madre común civilizadora, es dura empresa sólo justificable cuando el uso de la vida autónoma acrece la riqueza moral y material de los pueblos. Si, salidas de la tutela, las naciones caen en la tiranía o en el libertinaje, nadie puede ufanarse de la conquista. Un siglo de vida para un pueblo es brevísimo lapso, y nadie pretenderá que se conduzca con la perfecta cordura de la madurez. Pero cada día ha de darse un paso en el sentido del progreso, o al menos, ha de sentirse a cada minuto el ímpetu encaminado a mayor bienestar en todos los órdenes de la vida. Fechas como ésta son para los pueblos ocasión de entrar en cuentas consigo mismos, oportunidad preciosa de hacer votos de perseverancia o firmes propósitos de enmienda.

Mi patria entera, en hora como la actual, vive en un grave examen de conciencia. Es justo, es conveniente, que yo trate de interpretarla ante vosotros, que la hacéis objeto de vuestras simpatías. México no dirá como el fariseo: «gracias sean dadas porque no fuí como los otros pueblos». Pero si ha delinquido, ha hecho también bastantes cosas para ser perdonado.

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

de la Universidad Real de Roma.

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Una deliciosa leyenda lo pinta como un país rico, orgulloso y turbulento. Y bien, contra esa reputación de orgullo, está patente el acto de humildad que lo empujó a no conformarse con instituciones viciosas y buscar otras mejores con mengua de su aparente tranquilidad. Este impulso humilde de renovación, explica y consagra su mal entendida turbulencia. No fué mareado por la adulación interior que le cantaba al oído las alabanzas engañosas de una dictadura, ni lo embriagó la interesada sanción exterior de los pueblos que coreaban el panegírico de un mal gobierno y un estado social lamentable. Supo que no era ese el camino, y volvió sobre sus pasos sin contar los peligros ni atender a la dureza de las jornadas. Reconocer y corregir los yerros es todo lo contrario del orgullo. El orgullo mexicano, después de su revolución, está, no en tener diez y ocho millones de hombres, sino en haber emprendido con ardor y tenacidad sin ejemplo la tarea de redimirlos de la miseria y de la ignorancia. Está en la noble cruzada educativa emprendida por ese hombre apostólico que se llama José Vasconcelos, que lleva a cada uno un libro y a cada corazón una esperanza. Está en sus catorce mil escuelas y su casi millón y medio de alumnos que las pueblan. Está en los miles de bibliotecas fundadas en los más apartados rincones de la República, que lo mismo en furgones de ferrocarril que a lomo de mula son transportadas para ponerlas al alcance de las clases proletarias. Está el orgullo de México, no en su estúpida producción de petróleo, sino en haber sabido legislar sobre sus propias riquezas poniendo un veto a la codicia de los explotadores, no para negar su parte al que trabaja, sino para hacer cooperación fructífera de lo que sólo hubiera sido despojo. Su vanidad está, no en sus dos millones de kilómetros cuadrados y sus inmensas tierras laborables, sino en haberse propuesto una distribución justa que anule los privilegios, que acabe tarde o temprano con los latifundios, y que sustituya la opulencia descarada de los pocos por el honesto bienestar de la mayoría. Su orgullo está, no en tener fábricas henchidas de obreros, sino en procurar el medio justo de acabar con la tiranía de los poderosos, no arruinando al rico sino moderando la insaciabilidad de su avaricia. Su orgullo está, no en la plata, el oro, el cobre y el plomo de sus minas, sino en transformar las riquezas de su suelo en fuerzas útiles, lo mismo nacionales que extranjeras, pero sin privilegios concedidos a extraños y negados malvadamente a los nativos. Está su orgullo, por último, en su orientación internacionalista que, despreciando fronteras